

## LEONES Y CAMALEONES

## La peluca de Carrillo también viajó a Las Palmas

Federico Utrera

AHORA que Mayor Oreja y Martín Villa le han entregado la peluca de la clandestinidad a Santiago Carrillo merece la pena recordar el día en que el famoso y ya histórico disfraz viajó a Las Palmas encima de una de las cabezas más lúcidas de la Transición. Fue en 1976, cuando el enfrentamiento en el PCE canario terminó en ruptura y Mauricio expulsó a Fernando Sagaseta. Con el carrillismo del primero como telón de fondo, al principio fue el ingreso de España en el Mercado Común, al que Sagaseta se oponía con obstinación, después el apoyo a la *Platajunta*, aquella organización que agrupó a todas las fuerzas políticas democráticas bajo una misma bandera que se llamó *Pacto por la Libertad*, impulsada en la Península por gentes como el republicano Antonio García Trevijano, el opusdeísta Calvo Serer y el liberal canario José Joaquín Díaz de Agullar, aunque finalmente integró a todas las fuerzas democráticas que sólo pedían elecciones libres. Y finalmente, el detonante explosivo, la expulsión llegó, como no, por un asunto más «insular» y lacerante: cuando Sagaseta en el Gabinete Literario asistió a un acto pro-Universidad en Las Palmas y arremetió contra todo y contra todos, diciendo que

era una movilización de la burguesía canaria. Esa posición fue su tumba en el PCE.

Carrillo me contó un día en su desvencijado despacho madrileño como creía que en Canarias pudo haber camaradas partidarios de legalizarse fuera del PCE como Partido Comunista de Canarias, pero sospechaba que eso no creaba ningún problema. Lo que sí recordaba perfectamente era que el asunto que le obligó a ir en los tiempos de la peluca a Las Palmas fue un enfrentamiento en la dirección del partido entre Mauricio por un lado y Tony Gallardo por el otro, un enfrentamiento en el que durante una larga reunión que duró todo un día, Carrillo no pudo

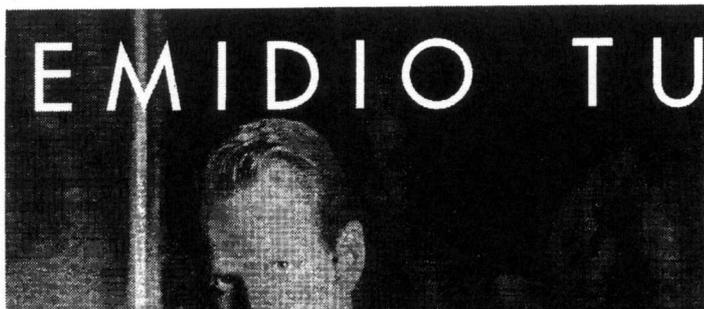
encontrar las razones políticas o ideológicas. Finalmente apostó por Mauricio, al que ahora censura agriamente por su viraje personal y por sus compañeros de viaje. Y es que si la vieja derecha ha sido históricamente cainita, el viejo comunismo ha practicado desde siempre el canibalismo.

La histórica crisis de la que habla Carrillo provocó también fisuras en el bufete de Vieira y Clavijo, de donde salió Augusto Hidalgo, aquel abogado que trabajó con Lorenzo Olarte. La dirección comunista defendió esa escisión, que terminó como el rosario de la aurora, pues de las discrepancias políticas se pasó a las acusaciones personales, incluida una de apropiación

de dinero. Sagaseta se llevó posteriormente a los suyos a un nuevo partido clandestino: las *Células del PCE*. En ellas militaban sus incondicionales: su socio Carlos Suárez, el tinerfeño Arturo Borges, el también letrado Pedro Limiñana, Luis Alzó, su sobrino Joaquín Sagaseta, Tomás Fleitas, Gonzalo Angulo... Esta vez eran menos, pero seguían siendo mal avenidos. Una nueva escisión se produjo cuando Angulo y Suárez intentaron transformar las *Células del PCE* en el Partido Comunista Canario (PCC).

Las broncas de los comunistas canarios llegaban hasta Madrid, donde Carrillo tiene otro dolor de cabeza a causa de este

asunto. Uno más a lo largo de su incomprendido papel clave a lo largo de la transición como pacificador de radicalismos y auspiciador de las libertades. Tony Gallardo había salido ya de la cárcel y pretendía hacerse un hueco en el PCE, Sagaseta se había escindido, la creación del Partido Comunista Canario era inminente... Parecía increíble que el PCE tuviese más problemas cuando se acariaba la libertad mediante la inminente legalización que en la dura clandestinidad. Al cabo de los meses, Carrillo tuvo que desplazarse hasta Las Palmas para pacificar a las distintas tendencias. Y fue así como se puso su conocida peluca y aterrizó en Gando.



El estilo